

INOCENTE PEÑALOZA GARCÍA

Los institutenses de Toluca y el doctor Ángel María Garibay K.

EL HOMENAJE



¿Cómo fue la relación del doctor Ángel María Garibay Kintana, uno de los grandes humanistas de nuestro país, con el claustro académico del Instituto Científico y Literario de Toluca? ¿Fue catedrático? ¿Conferenciante? ¿Asesor de proyectos de investigación?

Ninguno de sus biógrafos refiere su presencia en las aulas de la institución; sin embargo, uno de los planteles (el número cinco) de la Escuela Preparatoria de la Universidad actual lleva su nombre.

Más aún: en marzo de 1966, la Asociación de Ex-Alumnos del Instituto Científico y Literario del Estado de México, con sede en la capital del país, hizo circular entre sus miembros la siguiente:

Invitación

La Asociación de Ex-Alumnos del Instituto Científico y Literario del Estado de México (hoy Universidad), se complace en invitarlo a la Sesión-Banquete que se llevará a cabo en el restaurante "Torino" (Xola y Adolfo Prieto) el viernes 18 del presente a las 14:30 hs.

El referido banquete será en homenaje al Señor Ángel María Garibay, Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional Autónoma de México, como un testimonio de admiración y cariño de la Patria Chica que lo vio nacer, por haber logrado conquistar el Premio Nacional de Artes y Ciencias 1965.

Al final del mismo acto, el Señor Licenciado Juan Fernández Albarrán, Gobernador Constitucional del Estado, en representación de la Asociación,

LA COLMENA 72, octubre-diciembre 2011

hará entrega a nuestro homenajeado de un pergamino conmemorativo.

México, D. F., Marzo 18 de 1966 (Garibay, 1979: 167).

Como puede advertirse, no se menciona ninguna forma de pertenencia del doctor Garibay a la comunidad institutense ni se alude en momento alguno a su formación profesional de sacerdote, sino sólo al doctorado Honoris Causa que le otorgó la UNAM en 1951 con motivo del cuarto centenario de la Universidad de México. No obstante esa clara distancia, días después del homenaje, el articulista Antonio Uroz escribe en su crónica lo siguiente:

Correspondió a su vez hacer uso de la palabra al doctor Leopoldo Aguilar García (directivo en aquel tiempo de la Asociación de Institutenses) el que se refirió a la gran obra cultural que ha desarrollado el maestro Garibay, y a la profunda huella que deja en el alumnado del Instituto de Toluca, en el cual impartió brillantes cátedras (Garibay, 1979: 173).

En los archivos de profesores del ICLA no hemos podido encontrar ningún antecedente que confirme la aseveración anterior, pero es sabido que el doctor Garibay concedió entrevistas y ofreció charlas de asesoría sobre temas de su dominio a profesores e investigadores del Instituto y de la Universidad, como fue el caso del historiador y catedrático Gustavo G. Velázquez, quien tuvo a su cargo el discurso de ofrecimiento del homenaje en el restaurante Torino.¹ Velázquez, investigador del México antiguo como el doctor Garibay, lo visitó varias veces en sus parroquias y en la Villa de Guadalupe para conocer su opinión sobre variados temas indigenistas.

Velázquez subrayó en su mensaje la importancia de la obra del sabio humanista, a quien calificó como un conocedor completo de la literatura universal y dijo que “los mexicanos nos sentimos orgullosos de conocerlo, apreciarlo y admirarlo”, para

1 Tuve oportunidad de asistir al banquete acompañando a Gustavo G. Velázquez. Acababa yo de ingresar al cuerpo docente de la Escuela Preparatoria de la UAEM y fue aquella la única vez que vi y escuché al doctor Garibay. En 1979, propuse que el plantel número 5 de la Preparatoria llevara su nombre.

terminar aseverando que “este excelso humanista sigue luchando por defender al hombre, sobre todo y en especial, al indígena” (Garibay, 1979: 173).

La reunión transcurrió en medio de gran animación. Los asistentes aplaudieron palabras del doctor Leopoldo Aguilar García y, cuando llegó el turno de hablar al gobernador Fernández Albarrán, éste lo hizo como integrante de la Asociación, puesto que fue alumno del Instituto Literario en la generación de Horacio Zúñiga, Vicente Mendiola y Pastor Velázquez. Tomó en sus manos el micrófono y dijo:

Nada me es más grato como cumplir este encargo, pues todos lo consideramos a usted, doctor Garibay, como uno de los más ilustres hijos del Estado de México y como un valor de excepcional importancia en la intelectualidad de nuestro país. Sus importantes trabajos en torno de nuestro pasado prehispánico, especialmente acerca de la literatura náhuatl, así como de su importante labor literaria y lingüística, lo hacen acreedor en plenitud de merecimiento no sólo al Premio Nacional de Ciencias y Letras de 1965, que tan merecidamente le fue otorgado por nuestro Presidente, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, sino al reconocimiento irrestricto de esos méritos suyos, que acrecientan el prestigio de nuestro terruño y la grandeza cultural de nuestra Patria (Garibay, 1979: 174).

El doctor Garibay, hombre de casi 75 años de edad, alto y delgado, de larga barba que lo hacía aparecer como un rabino, pero que él mismo confesó un día habérsela dejado crecer para evitar la irritación casi alérgica que le causaba la navaja de afeitar, era de un hablar sereno y reposado, pero vigoroso. Su apariencia –aunque estaba a poco más de un año de morir– era la de un hombre lleno de energía.

Pronunció ese día, ante cerca de 500 invitados, unas palabras llenas de gratitud, sencillas y profundas, en las cuales rescató una expresión que había utilizado antes, al recibir el premio de manos del presidente: “Lo que hacemos por la madre y por la patria, no debe premiarse... lo que he hecho no vale nada”.

Así fue la convivencia de los institutenses y universitarios (estuvo presente el rector de la UAEM, Jorge Hernández García) en el restaurante Torino, con el ilustre toluqueño, reunión de la cual, la revista *20/10, Memoria de las Revoluciones de México*, de RGM Medios, rescató el año pasado, en un dossier, una imagen del archivo fotográfico del periódico *El Universal* en la que aparece de pie, frente al micrófono, el doctor Garibay, flanqueado por los institutenses Leopoldo García Aguilar y José Ruiz, mientras que en primer plano, sentado, puede verse al gobernador Fernández Albarrán.



De pie: Leopoldo Aguilar García, Ángel María Garibay y José Ruiz. En primer plano, sentado, Juan Fernández Albarrán.

EL PREMIO

El Premio Nacional de Artes y Ciencias, rama Literatura, fue entregado el 13 de diciembre de 1965 por el presidente de la república, Gustavo Díaz Ordaz. Lo recibió el más universal de los toluqueños, Ángel María Garibay, sacerdote, estudioso autodidacta, distinguido en 1951 con el grado Doctor Honoris Causa de la UNAM, profesor extraordinario y director por muchos años del Seminario de Cultura Náhuatl de la propia institución, miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1952, maestro de la generación de Miguel León Portilla, Rubén Bonifaz Nuño, Octaviano Valdés y los hermanos Méndez Plancarte; ganador de la medalla “Belisario Domínguez” 1962, individuo de número de la Academia Mexicana de Historia desde 1963...

En la obra monumental de este sabio escritor, motivo del premio, uno no sabe qué admirar más, si el conocimiento profundo de la cultura náhuatl, materia en la que llegó a considerársele primera autoridad; si las magníficas traducciones de obras clásicas hechas directamente del griego, el hebreo y el sánscrito, o bien, el fino ingenio exhibido en sus cuentos y poesías.

El doctor Garibay adquirió el dominio del hebreo, el latín y el griego en el Seminario de Regina, pero después, por cuenta propia, se apoderó de

otras lenguas antiguas, sobre todo orientales. Luego de ordenarse sacerdote, lo cual sucedió en 1917, sirvió como párroco en poblaciones rurales del Estado de México (Jilotepec, San Martín de las Pirámides, Huixquilucan, Tenancingo y Otumba), lo cual le permitió entrar en contacto con varios núcleos indígenas, principalmente de habla otomí, nahua o tlahuica, y penetrar en los más recónditos secretos de su pasado cultural, además de adquirir y perfeccionar el conocimiento de su lengua.

Al dejar las parroquias y ser nombrado canónigo lectoral de la Basílica de Guadalupe, Garibay, quien había nacido en Toluca el 18 de junio de 1892, profundizó en sus investigaciones y entró en contacto, por medio de sus discípulos, con la comunidad académica de la Universidad Nacional Autónoma de México, a la cual posteriormente perteneció.

Al cumplir 70 años, fue objeto de un homenaje nacional en el cual participaron numerosas organizaciones de intelectuales y al que se sumaron, entre otras personalidades, el presidente de la república, don Adolfo López Mateos; Andrés Henestrosa, Francisco de la Maza, Alfredo Cardona Peña y, desde luego, Miguel León Portilla, su discípulo predilecto y fiel compañero en publicaciones e investigaciones científicas.

La muerte de Garibay llegó plácidamente, a causa de un padecimiento cardíaco, el 19 de octubre de 1967, a la edad de 75 años. Su hermana Natalia y sus mejores amigos estuvieron a su lado.

La intelectualidad mexicana le rindió póstumo homenaje en el Palacio de Bellas Artes y sus restos recibieron sepultura en el Panteón Francés de la Ciudad de México, de donde fueron trasladados, por gestiones de Mario Colín, a la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón Municipal de Toluca, el día de su inauguración, 31 de diciembre de 1974.

LA OBRA

La caudalosa producción bibliohemerográfica del doctor Garibay ocupa miles de páginas en libros, periódicos y revistas y el sólo enunciado de sus datos desborda el propósito de esta reseña; sin embargo, a manera de muestra de su riqueza y variedad, vale la pena recordar aquí algunos títulos fundamentales:

Poema de los árboles (1932), primer libro de Garibay, edición privada.

La poesía lírica azteca (1934), Ábside.

La épica azteca (1940), Ábside.

Poesía indígena de la altiplanicie (1940), Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM.

Huehuetlatolli (1943), Ediciones Tlalocan.

Épica náhuatl (1945), Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM.

Historia de la literatura náhuatl (1954), dos volúmenes, con textos religiosos, líricos, épicos, dramáticos y sapienciales ("huehuetlatolli"), Biblioteca Porrúa.

Veinte himnos sacros de los nahuas (1958), Seminario de Cultura Náhuatl, UNAM.

Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista (1959), Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM.

Las siete tragedias, de Esquilo (1962), versión directa del griego, "Sepan cuántos...", No. 11, Porrúa.

Las siete tragedias, de Sófocles, (1962), versión directa del griego, "Sepan cuántos...", No. 14, Porrúa.

Panorama literario de los pueblos nahuas (1963), "Sepan cuántos...", No. 22, Porrúa.

Las diecinueve tragedias, de Eurípides, (1963), "Sepan cuántos...", No. 24, Porrúa.

Sabiduría de Israel (1966), versión directa del hebreo, "Sepan cuántos...", No. 51, Porrúa.

Las once comedias, de Aristófanes, (1966), versión directa del griego, "Sepan cuántos...", No. 67, Porrúa.

Además de estos títulos, que en su mayoría han tenido varias ediciones y han circulado abundantemente entre estudiantes y profesores universitarios, hay un gran número de trabajos académicos, artículos, cuentos y otros textos literarios publicados en varias revistas y diarios de la Ciudad de México, principalmente en la revista *Ábside*.

El mayor mérito de la obra de Garibay referida a la literatura náhuatl es el de haber contribuido a una revaloración del México antiguo a través de sus creaciones literarias y de otros refinamientos culturales que eran prácticamente desconocidos para muchos antes de que él iniciara sus investigaciones y traducciones sobre la literatura de los aztecas. Solía comentar que algunos poemas épicos del México prehispánico, tales como el *Poema de Quetzalcóatl* y la *Peregrinación de los aztecas*, estaban en condiciones de figurar en la literatura universal, al lado de las grandes epopeyas clásicas como *La Ilíada* y *La Odisea*. Hacía notar, además, el indudable valor didáctico de las "pláticas de los ancianos", los Huhuetlatolli, a través de los cuales los aztecas educaban a sus niños y jóvenes para la vida.

En Toluca hay una gran plaza pública en la que se rinde homenaje al doctor Garibay, pero desde que fue remodelada por autoridades municipales, la estatua de bronce del sabio humanista desapareció y no ha vuelto a aparecer en años.

BIBLIOGRAFÍA

Ángel María Garibay (1979), Toluca, Testimonios del Estado de México, 167 pp.